

LABORATORIO BACTERIOLOGICO DEL DR. LEOPOLDO CÁNDIDO

Tratamiento moderno
de las
enfermedades
crónicas y rebeldes

Consultorio Médico

Centro general de vacunaciones

Horas de curación
y consulta
de 9 á 11 de la mañana
y de 3 á 5 de la tarde

MURALLA DEL MAR, 83

VACUNAS

De ternera contra la viruela, antirrábica y contra las
enfermedades de los ganados

SUEROS

Normal, anti diftérico, anti tuberculoso, anti estreptococcico,
polivalente y artificial de Cheron

JUGOS ORGÁNICOS

para la aplicación del método Brown Séquard por la vía
hipodérmica y por la vía gástrica

Todos estos remedios se aplican en el Consultorio y á domicilio y
se expenden por cajas de seis ó más tubos ó ampollas, á los señores
farmacéuticos.

Se practican análisis de líquidos orgánicos, esputos, etc.

Para informes y pedidos al DOCTOR CÁNDIDO

MURALLA DEL MAR, 83

CARTAGENA

La viticultura y la política

Aunque parezca mentira, recaen sobre nuestros viticultores las consecuencias de los derrotas navales que ha experimentado España, de su disminución política en el concierto de las naciones y de la pérdida de importancia y prestigio en el mundo. Los franceses, que no hacen política sentimental, y que han visto las orejas al lobo con motivo de la ocupación de Fashoda, se han reconciliado apresuradamente con Italia, y tal vez lo hagan también con la misma Alemania, para hacer frente á la amenazadora actitud de Inglaterra. El precio de la reconciliación con la patria de Crispi, el gran galófono, ha sido la viticultura española. Mientras hemos podido ser un peligro para Francia, interesaba á esta conservar nuestra amistad, rechazando siempre los avances de Italia, que pedía la tarifa mínima; pero desde el momento en que la experiencia ha puesto de relieve que nuestros barcos eran de cartón, nuestros ejércitos estaban en el papel y nuestras plazas fuertes de lienzo teatral, los franceses no han tenido inconveniente alguno en acceder á los deseos de Italia y conceder á ésta la misma tarifa que gozaban nuestros vinos.

Pero los viticultores franceses se llaman á engaño. Creían ellos que la elevación de la tarifa á 12 francos para los vinos que llegasen á 12 grados solo podía favorecer á España; pero no contaban con que, además de esta, iba á gozarla Italia, duplicándose de este modo la competencia de que pretenden librarse. La viticultura francesa se siente gravemente amenazada entre dos producciones tan formidables como la española y la italiana, y de ahí han nacido las quejas y lamentos que se elevan á las Cámaras en demanda de que el límite de los 12 grados se rebaje á 10 con nueve décimas, ó lo que es igual, á los 11 grados. Mr. Jean Cazelle, secretario general adjunto de la Sociedad de Viticultores de Francia, ha redactado en este sentido una nota para los diputados y senadores, que pesará seguramente sobre el ánimo de estos; y aun cuando el informe del ponente de la comisión de Aduanas, conde de Perier de Larsau, es favorable al proyecto del gobierno, que, como saben nuestros lectores, fija el límite de los 12 grados, es de temer que las mayorías no sigan á aquel en este punto y triunfe el criterio de los viticultores franceses, que es unánime en esa ma-

teria. El comercio de la nación vecina no participa de ese criterio, pero pesan más los agricultores que los comerciantes en las Cámaras de la República, y no extrañaríamos un desenlace funesto para la exportación española.

Eso más tendremos que agradecer á la política funesta que en estos últimos veinte años nos ha disminuido, como nación, hasta el extremo de ser una *quantité negligible*.

D. Fernando Cos Gayon

A la edad de setenta y tres años falleció anteayer tarde en Madrid el ilustre hombre público D. Fernando Cos Gayon.

Afiliado en los comienzos de su carrera política al partido moderado, desempeñó durante el reinado de Isabel II varios cargos públicos en Gobernación y Fomento; fué censor de teatros, director de la «Gaceta de Madrid», y secretario de la intendencia del real patrimonio.

Al estallar la Revolución de Septiembre el Sr. Cos Gayon, que había hecho anteriormente lucidas campañas en la prensa, ingresó en la redacción de nuestro colega «La Epoca», donde se ocupó, durante siete años, con especial competencia, en todos los asuntos relacionados con la administración pública.

Cuando la restauración triunfó, el Sr. Cánovas, que apreciaba tanto sus condiciones de carácter como sus conocimientos en las cuestiones administrativas, lo llevó á la Dirección de Contribuciones. Su ascensión desde entonces á todos los cargos superiores de la política están en la memoria de todos: Subsecretario de Hacienda desde 1876 á 1879; ministro de la misma cartera, en propiedad, en 1880; interino de Gracia y Justicia en 1884; otra vez de Hacienda y de Gracia y Justicia en 1892, y de la Gobernación en el último ministerio del Sr. Cánovas.

Diputado en todas las Cortes de la restauración, y con especiales condiciones de polemista, bien pronto se significó como político de extraordinaria altura, en numerosas campañas parlamentarias.

Con un vigor físico extraordinario, una naturaleza privilegiada y una salud verdaderamente envidiable, nunca sentía la necesidad de descansar, ni de visitar playas ni balnearios. Sus vacaciones, mejor dicho, su veraneo, se limitaba á los días festivos que iba á pasar con su familia al Escorial.

Fogoso en la discusión y hurtaño y esquivo en la apariencia, era en la intimidad ameno y aun festivo.

Era, sobre todo el Sr. Cos-Gayón un hombre que merecía la respetabilidad de que gozaba, por la sencillez de sus costumbres privadas, de sus gustos, de su manera de vivir, que le escudaba, con razón, de toda sospecha malévolá, de toda intención aviesa.

En su casa—dice uno de sus biógrafos—todo respiró siempre una atmósfera sosegada y tranquila. La nota interior de ella era el orden y la severidad, y en este sentido ni á sus hijos dejó de tratar austeramente, si cometían una falta. Como era en la vida privada era en la pública, y las altas posiciones que ocupó nunca le redimieron de aquel fondo de modestia, que no pudieron superar los esfuerzos de un trabajo siempre asiduo, siempre fecundo, menos para cambiar la faz de su fortuna privada.

De sus opiniones políticas podría discurrirse; sus virtudes privadas merecían universal respeto.

El partido conservador ha perdido á uno de sus hombres más eminentes; su familia llora al que quedará siempre como espejo de los buenos.

UNA AGRESION

(Traducido de «La Tribuna» de Roma)

Un hombre joven, fuerte, nervudo, armado con un grueso garrote, encontró á un viejo, el cual, á pesar de su edad, se conservaba no del todo mal, si dejamos aparte la natural debilidad, hija de los muchos años.

—Me gusta mucho—dijo el joven al viejo—vuestro sobretodo; espero que seréis tan amable que me lo regalaréis.

—¡Me choca la franqueza! ¿Y eso por qué? ¡Nunca!—contestó el vejete.

—¡Hola, hola! ¿Decís que no? Pues defendeos, porque os lo tomo.

El viejo se puso en guardia como mejor pudo, enarbolando la caña con que se apoyaba; pero se abalanzó sobre él, y del primer garrotazo rompió la débil caña de su adversario; de un segundo golpe le hundió una costilla, y con el tercero lo hizo rodar por el suelo.

—¡Basta!—murmuró el viejo.— Te cedo el sobretodo.

El joven cesó en sus golpes, pero continuando con el baston enarbolado, dijo al vencido.

—El sobretodo me pertenece; está bien. Pero necesito que me des también tus pantalones.

—¡Oh, basta! lo que es esto no, no...

—¡Ah! ¿conque no?—Y el joven hizo ademán de secundar la ración de garrotazos con que había regalado las espaldas del pobre viejo.

Varias personas advirtieron el suceso, pero ninguno protestó ni levantó su voz en favor del malparado vejete; todos asistían indiferentes al curioso espectáculo.

—Cedo ante la brutal imposición de la fuerza—suspiró el viejo llorando de rabia.—Podéis tomar mis pantalones.

El joven no se hizo repetir por dos voces y se alejó con el botín de su hazaña saludado por los aplausos de los espectadores que, como sucede siempre, se inclinaban del lado del más fuerte.

Cuando el vencedor habría caminado una veintena de pasos, se detuvo, se puso de rodillas, y alzando los ojos al cielo murmuró esta oración:

—¡Oh, Señor! yo invoco tu paternal bendición para aquel pobre viejo desgraciado. Manifiesta una vez más tu misericordia infinita, y consuélate y exáltalo sobre su actual miseria y deplorable estado...

La guerra hispano americana merecerá de la historia un juicio tal vez muy diferente. Pero redúzcase el suceso á las proporciones de la anécdota referida arriba, pongásele al cuento el título «Una agresión», y después diga el paciente lector si la tal guerra no debe relatarse como yo he relatado la susodicha anécdota.

José Segarra.

MUNDANA

—¡Vaya un susto!... ¡qué modo de llamar! exclamó Elena, la camarera de Mercedes, sobresaltada al oír el furioso tintineo de la campanilla de la puerta.

Y mientras acudía á informarse de quién era la persona que se anunciaba con tanto estrépito, pensó que seguramente sería algún acreedor importuno, y con tal motivo hizo larga serie de rápidos y sabrosos comentarios y hasta se permitió augurar á su señora un fin desastroso si la Providencia en figura de capitalista mujeriego no se presentaba á pagar recibos y facturas.

No le engañó su presentimiento: porque después de abrir, vió ante sí la ingrata y sucia figura del carbonero, que ni se descubrió por cortesía, ni mostrábase dispuesto á dejarse vencer, como otras veces, con excusas y subterfugios.

El hombre iba á pedir lo suyo; muy cerquita de siete duros que le debía la dueña de la casa. Era justo que quien pagaba coches y lacayos, pagase también el carbon consumido en su cocina... Todo tiene fin en el mundo, y la paciencia del carbonero, túvolo asimismo. Allí estaba y no habría fuerzas humanas que le echasen hasta que le dieran su dinero. Lo cual, fué dicho en lenguaje un tanto grosero, acompañado de gestos que asustaron á la doncella. Esta, instruida convenientemente de antemano, y muy ducha para salir airosa de lances semejantes, agotó el repertorio de frases estudiadas, que con ser contundentes y enérgicas, fueron á estrellarse ante la impasible calma del carbonero.

La señorita estaba enferma... No había cobrado la renta... En el momento no podía pagar la cuenta... tal vez á últimos de mes...

Y el hombre, cansado de escuchar aquella interminable retahíla de súplicas, atajó á Elena diciendo de mal talante:

—Quiero ver á la señorita.

¡Aquí fueron los apuros de la muchacha! Ver á su ama era imposible... Tenía dada orden terminante de que nadie le molestase, y mucho menos por cuestión de tan poca monta.

—Pues que pague lo que debe.

Trocóse en disputa la conversación, las palabras fueron gritos y los gestos amenazas, y en tan grave aprieto Elena, tuvo que pedir consejo á la señorita, y dejó sentado al carbonero, mientras ella pasaba á celebrar la conferencia.

Volvió al poco rato. «Pase usted á ver á mi ama.» Y el hombre sonrió con cierta expresión de malicia y dijo para su coeto: «Veremos si cobro ó no cobro...»

II

Pisando sobre alfombras de terciopelo, cruzó el carbonero algunas habitaciones amuebladas con exorbitante lujo, hasta llegar á un lindo gabinete, donde Mercedes hallábase tendida en mullido diván. La claridad era muy tenue; la atmósfera pesada y casi irrespirable.

Aspirábase cierto aroma de nardos y violetas, que repugnó al zafio carbonero, que no se paraba en delicadezas y aborrecía los gustos y las costumbres de las personas ricas. Apreciando la magnificencia del cuarto, al considerar que aquella mujer, por el solo hecho de ser hermosa vivía con holgura, mientras él para mal pasar estaba obligado á rudo trabajo, aumentó su encono y se dispuso á decir alguna desvergüenza á la señora, y dicho está, á cobrar á costa de lo que fuese. Mas al incorporarse Mercedes, para ablandar las entrañas del acreedor por medio de halagos y sonrisas, á falta de dinero, el hombre sintió firmeza en las piernas, opresión en el alma y frío intenso en todo su cuerpo. Vaciló como beodo en la algidez de la borrachera, y tuvo que apoyarse en el velador chino que adornaba el centro del gabinete, sosteniendo trebejos y baratijas que representaban una suma fabulosa invertida en locos y fútiles caprichos de mujer casquivana.

Aquella señora, aquella Mercedes que tenía el barrio escandalizado con sus liviandades, aquella joven llevada y traída en lenguas, aquella mujer á costa de la cual hizo tantas frases sangrientas, era su hija, su hija tal como suena; su hija, la chiquilla que abandonó el hogar paterno, seguida por los halagos que le brindaba el mundo.

Mercedes reconoció también á su padre. El sonrojo de la vergüenza cubrió sus pálidas y enfermizas mejillas.

Ante la severa figura del carbonero, experimentó la mujer algo que no puede decirse con palabras. Recordó su pasado; vió la casa humilde y pobre donde pasó los primeros años de su vida; vió á su madre anciana desviéndose por cuidarla, prodigándole las caricias más tiernas; vió el hermoso cuadro de felicidad, que ella por impremeditación, por inexperiencia, había deshecho sin apreciar su inmenso valor. Comparando la pobreza honrada de la casa de su padre, con el lujo deslumbrador que le rodeaba en aquellos momentos, le hacía daño, le repugnaba. Hubiera querido hacerle desaparecer por arte de magia.

Durante unos cuantos minutos hubo silencio absoluto. Padre é hija permanecían inmóviles, callados. Ella con la cabeza inclinada sobre el pecho, llorosos los ojos, sin atreverse á chistar; él, altivo, hosea la mirada, esforzándose para no lanzarse sobre su hija y estrangularla.

La crisis del carbonero pasó pronto. Acordóse de la viejecilla que le esperaba amorosa en el chamizo que le servía de casa y una sonrisa de desprecio vagó por sus labios.

Irguióse y anduvo sin vacilar dos pasos para buscar la salida.

Entonces, Mercedes, de un salto se puso delante de su padre cerrándole el paso.

—¡Perdon! ¡Perdon!

Lloraba. Golpeábase las sienes con rabia.

—¡Padre! ¡Padre mío!... Soy yo, Mercedes...

—Se equivoca usted, señora... Mi hija era honrada; murió hace muchos años.

No le ablandaron súplicas ni lágrimas. Rechazó á la joven, y pudo ganar la puerta, mientras Mercedes que estaba en horrible desesperación.

III

Cuando el carbonero llegó á su casa, dijo á su mujer.

—He tenido noticias de Mercedes... Sé que ha muerto... ¡La pobrecilla ha sido muy desgraciada!... Lloremos por ella.

Julian Perez Carrasco.

Juicio de apelacion

Por intervenir en el cómico suceso un murciano muy conocido, reproducimos del «Heraldo de Madrid» lo que sigue:

«El juez instructor del distrito del Hospicio, Sr. Martín Ruiz, y el escribano de dicho Juzgado, Sr. Taracena, deben haber pasado ayer tarde un buen rato con la vista de un juicio apelado que se celebró á instancia de un caballero llamado D. José María Montalvo.

El juicio es de lo más chistoso é interesante que ha pasado por la Casa de Canónigos.

Personajes: D. José María Montalvo, de cuarenta y nueve años de edad; doña Catalina Garrapicho, soltera, de treinta y cuatro años; don Julio Capilla, empleado de ferrocarriles; D. José María Peña Lopez, procurador sin ejercicio; Jerónima de Frutos, criada de doña Catalina; dos curas desconocidos, uno joven y otro de más edad con gafas; el guardia de Orden Público número 493 y acompañamiento general de golfos y curiosos.

El día 20 de Noviembre subía el señor Montalvo, á las doce y media, por la calle de Fuencarral acompañado de su amigo Sr. Peña, y antes de llegar á la calle de San Mateo encontró con el sacerdote joven, al cual detuvo, preguntándole:

—¿Le ha dicho á usted el mayordomo cuándo se va á arreglar lo de la ley...»

